

MIRADAS

La reforma política: ni Kirchner, ni nadie

Resulta difícil de creer que la corporación política dé un mecanismo donde la sociedad impugne el lugar que ocupa la clase dirigente. D. Genoud.

Por Diego Genoud
20.07.2009



Si alguna vez se concreta, la reforma política que plantea el gobierno nacional no cambiará la esencia de la democracia representativa. Una reforma que apunte a revertir la lógica delegativa de la política implicaría asumir la necesidad de construir fuerzas políticas capaces de sostener proyectos y recuperar, además, una práctica extinta: la formación de cuadros políticos.

La política del siglo XX se remitió en forma permanente a esa categoría. Izquierdas y derechas se preocuparon de formar a sus propios hombres, “intelectuales orgánicos” al decir de Antonio Gramsci, que serían capaces de entender el momento político que atravesaban, asumir un compromiso con una clase social y ofrecer guías de acción que fueran útiles para una mayoría. Dictadura y menemismo mediante, aquella apuesta sólo sobrevivió en las grandes empresas y en algunos sindicatos. Sobre fines de los 90, los movimientos de desocupados entendieron también la necesidad de acompañar la lucha callejera y la generación de microemprendimientos con la formación teórica que permitiera a sus militantes comprender el porqué y el para qué de sus propios pasos.

El origen del término se pierde en los textos de teoría política pero algunos afirman que remite al cuadrado napoleónico que establecía que el dirigente ideal debía ser tan audaz como inteligente. Un dirigente más inteligente que audaz es conservador, un dirigente más audaz que inteligente es un aventurero. Sólo si la proporción de los lados es adecuada emerge el “cuadro”.

Esa estirpe en extinción aún es imprescindible pero son pocos los que piensan en eso. Un ex funcionario del gobierno porteño estima que para gobernar la ciudad de Buenos Aires hacen falta al menos 300 “cuadros” capaces de converger en torno a tres o cuatro ideas fuerza. Más sería una quimera. Otro, funcionario del gobierno nacional, agrega que para gobernar un país como la Argentina sería necesario contar con al menos cinco mil hombres y mujeres que coincidan detrás de una idea que exceda la de “hacerse el boludo” y hamacarse en el poder todo el tiempo que sea posible. Nadie, ni en el Gobierno ni en la oposición, cuenta con esa amalgama. Menem trajo riojanos, De la Rúa cordobeses, Kirchner santacruceños. El ex titular del PJ prometió en más de una oportunidad darle aire a un movimiento político y ceder incluso su espacio en favor de una nueva camada de dirigentes que ronde los 30 años.

Pero se refugió siempre en un círculo de confianza tan decidido a cumplir sus órdenes como incapaz de cuestionar sus decisiones. Los cambios de gabinete durante la gestión de Cristina Fernández de Kirchner son elocuentes. El matrimonio presidencial, que solía definir al suyo como un gobierno nacional y popular, apeló a Sergio Massa, Martín Lousteau, Martín Redrado, Sergio Chodos, Amado Boudou, Sebastián Palla, Diego Bossio, Jorge O' Reilly, jóvenes que reconocen un origen indudable en las usinas ideológicas de un liberalismo poco refinado.

Resulta difícil de creer que la corporación política vaya a proponer un mecanismo que facilite una apertura hacia la sociedad que impugne el lugar que ocupa la clase dirigente. Esa “dirigencia de mierda”, como la definió Eduardo Duhalde en un acto de sinceridad que está lejos de repetir, busca relegitimarse únicamente cuando ve que el agua está a punto de llegarle al cuello. Duhalde primero y Néstor Kirchner después fueron los únicos que comprendieron que la subsistencia de una casta que se dedique a mediar las decisiones del poder económico sólo será posible si es capaz de confrontar, en alguna medida, con sus pretensiones.

Kirchner supuso que los años de hiperkinesis y confrontación con militares, jueces y empresarios le aseguraban un período de gracia bastante más extenso del que realmente tuvo. El ex presidente leyó bien la crisis política de 2001 pero terminó creyendo, con una mezcla de ingenuidad y autosuficiencia, que él había sido capaz de aplacar para siempre el volcán de la desconfianza y la apatía. Se equivocó.

Todo indica que el fin de la era K, que algunos ya festejan antes de tiempo, redundará en un nuevo gobierno de indudable corte neomenemista. Pueden ser Reutemann, Cobos, Macri, De Narváez, Scioli o incluso alguna sorpresa como la que encarnó Kirchner hace seis años. Sin embargo, la crisis política en la Argentina es cíclica porque ya no existen proyectos políticos capaces de sostenerse en el tiempo. Hay una masa de dirigentes que se limita a seguir al líder que es capaz de erigirse en vencedor de choques tribales. Hasta que ese cacique pierde y entonces la masa peregrina hacia la toltería del nuevo líder, igualmente efímero.

Plantearle a una clase dirigente que gana elecciones repitiendo “alica, alicate” que debe apostar a la formación de cuadros políticos es como pedirles a los jóvenes de clase baja que salen a robar para sobrevivir que aporten a una mejor calidad institucional. El cortoplacismo prima, el packaging alcanza para cautivar, y el trabajo de hormiga es una convicción de giles o nostálgicos. Por eso, cada ciclo político se termina antes de lo previsto y los gerentes –que se preparan desde empresas y fundaciones– desembarcan en la gestión. Los políticos que se anotan para suceder a los Kirchner deberían tenerlo presente.